



Revista Cambios y Permanencias
Publicación multi e interdisciplinaria
orientada a los estudios sociales

Revista Cambios y Permanencias

Grupo de Investigación Historia, Archivística y Redes de Investigación

Vol.12, Núm. 1, pp. 50-64 - ISSN 2027-5528

Escribir la violencia. Elegir la palabra frente al silencio

Writing the violence. Choose the word in the face of silence

Carola Martínez Arroyo

Escritora

orcid.org/0000-0002-8423-4802



Grupo de
Investigación
Historia
Archivística y
Redes de
Investigación



Universidad
Industrial de
Santander

Universidad Industrial de Santander / cambiosypermanencias@uis.edu.co

Escribir la violencia. Elegir la palabra frente al silencio

Carola Martínez Arroyo

Escritora chilena

Correo electrónico: carolamart@gmail.com

ORCID-ID: <https://orcid.org/0000-0002-8423-4802>

Resumen

Escribir sobre la experiencia propia implica poner en juego recuerdos que se transforman a través de la escritura en memoria de toda una sociedad. A través de este texto, Carola Martínez aborda su propio proceso creativo y personal tras la escritura de *Matilde* (2016) y cómo ese proyecto de escritura es una respuesta a su propia historia, un posicionamiento ineludible ante el pasado y una contribución a la búsqueda de la verdad.

Palabras clave: escritura, infancia, dictadura, memoria, silencio.

Writing the violence. Choose the word in the face of silence

Abstract

Writing about one's own experience implies putting memories into play that are transformed through writing in the memory of an entire society. In this text, Carola Martínez addresses her own creative and personal process after the writing of *Matilde* (2016) and how this writing project is a response to her own history, an unavoidable positioning in the face of the past and a contribution to the search for the truth.

keywords: writing, childhood, dictatorship, memory, silence.

Las dictaduras fueron hechos históricos concretos, la apropiación de ese pasado y la puesta en una red de sentidos juegan un papel medular para la memoria del presente.

Ignacio Scerbo

¿Puede hablarse de memoria en un país, en nuestros países, que tienen todas las heridas aún abiertas?

¿En países donde los sobrevivientes y sus torturadores/as caminan por la misma calle?
¿Van a los mismos lugares y tienen los mismos derechos?

¿En un país como Chile donde el 6 % de la población sigue insistiendo en que la dictadura militar más cruenta de la historia no ocurrió y reivindican al dictador? Dejo esa pregunta aquí, para ir pensándola.

Al igual que cientos de miles de niños y niñas, crecí en medio de una dictadura. Crecí en medio de toques de queda, represiones, silencios, despedidas. Crecí en un mundo donde los adultos desaparecían para siempre. En un mundo al que ibas a velatorios, funerales y entierros como algo cotidiano. En un mundo donde a la gente la mataban y escuchabas la cantidad de tiros y el tipo de armas. Donde jamás se nos ocurrió preguntar por qué no veíamos más al tío Juan, dónde vivía ahora la tía María, o si íbamos a volver a casa algún día o si era posible recuperar ese osito que se me quedó la última vez en ese departamento. De esas impresiones, sensaciones y sentimientos fue surgiendo *Matilde*.

De unas memorias que se fueron entretejiendo entre mi pasado y el de amigos y amigas que me fueron contando sus historias. De la misma manera que la abuela teje la trenza de Matilde. Escribir este texto tan autorreferencial se me hace complejo, incómodo. Me pregunto si no hay mucho de ego en la escritura del Yo. Si no es siempre hablar de uno mismo. Sin embargo, me parece que la invitación a escribir en un dossier que habla de la violencia y la representación de ella en los libros para niños y niñas es un buen momento para ponerse a trabajar en ello. Me parece necesario pensar y pensarnos como creadoras y creadores de ficciones que muestran la realidad y que, en mi caso particular, tienen el sentido de hablar a una infancia lejana temporalmente de esta parte de nuestro pasado y, por otro lado, tan cercana por todo lo que está ocurriendo en la actualidad.

Leo todo lo que llega a mis manos sobre el tema. Escribo regularmente sobre el tema: una novela propia publicada, estoy reescribiendo otra y trabajando en el guion de una novela gráfica. Y voy revisando los mecanismos, los dispositivos narrativos que creadoras y creadores ponen en funcionamiento para hablar de la violencia. Estos dispositivos ponen en evidencia qué representaciones tiene el mundo adulto frente a la violencia del Estado y qué representaciones tienen creadoras y creadores acerca de las infancias.

Lo primero que salta a la vista es la urgencia. Estos escritos son urgentes, hay en todos, una suerte de desasosiego vital que se va calmando en la medida que se escribe. Como si fuera un conjuro que va devolviendo la paz en la medida que la historia va saliendo lentamente de quién la escribe. Cómo si la escritura te alejara del horror, de la amenaza constante.

Una escritura urgente, que ingrese a poner luz en lo que es necesario para seguir adelante. La escritura o la vida, como señala Semprún. Como si fuera escribir o ahogarse, escribir o enfermar de ese dolor que no siempre es propio, pero que a la vez es de todos/as. Y en la medida que quien crea personifica esa sociedad, esa comunidad golpeada, va exorcizando con cada letra, sanando una herida tras otra. Pero no solo exorciza del dolor de quien sobrevive. No solo pone en palabras las imágenes que viven en un recuerdo en particular. Actúa como una suerte de emergente poniendo en palabras muchos dolores que no le son propios, contando lo incontable, lo indecible de muchos otros.

Hay un fragmento de mi libro de cabecera, *La escritura o la vida*, en el que Jorge Semprún acaba de ser liberado de un campo de exterminio y se enfrenta por primera vez a quienes estaban del otro lado de la cerca:

Me observan, la mirada descompuesta, llena de espanto.

Mi pelo cortado al rape no puede ser motivo, me causa de ello. Los jóvenes reclutas, los campesinos humildes, mucha más gente lleva inocentemente el pelo cortado al rape. Trivial en cuanto a estilo. A nadie le asombra un corte de pelo al cero. No tiene nada de espantoso. ¿Mi atuendo entonces? Sin duda resulta de lo más intrigante: unos trapos estrafalarios. Pero calzo unas botas rusas, de cuero flexible. Llevo una metralleta alemana cruzada al pecho, signo evidente de autoridad en los tiempos que corren. Y la autoridad no asusta, más bien tranquiliza. ¿Mi delgadez? Deben haber visto cosas peores antes. Si van siguiendo los ejércitos aliados que, esta primavera, se adentran en Alemania ya habrán visto cosas peores. Otros campos, otros cadáveres vivientes.

Pueden sorprender, intrigar, estos detalles: mi cabeza rapada, mis trapos estrafalarios. Pero no están sorprendidos, no intrigados. Es espanto lo que leo en sus ojos. No queda más que mi mirada, eso concluyo, que pueda intrigarles hasta ese punto. Es el horror de mi mirada lo que revela la suya, horrorizada. Si, en definitiva, mis ojos son un espejo, debo tener una mirada de loco, de desolación (2004, p.15-16).

Y es así, es la desolación, la desolación de quién ha visto el horror el que usa el escritor/ la escritora como el punto de partida. Y no es necesario ser un sobreviviente directo, todos y cada uno de los que estábamos vivos durante los diecisiete años que duró la dictadura militar en Chile somos sobrevivientes de la violencia extrema. Hace unos años, una amiga —varios años menor que yo— recordaba que ella debía tener unos cinco años cuando fue con su grupo de teatro infantil a la ventana de un hospital a cantarle a una niña que estaba internada ahí. Le cantaron y le hicieron una escena de una obra de teatro. Ella recuerda muy vívidamente todo el episodio que además se llenó de sentido cuando comprendió que a quién estaban acompañando era a Carmen Gloria Quintana que había sido quemada viva por militares en el año 1986. ¿Tendría sentido “cuidar” esa infancia del dolor si ella lo estaba viendo ahí a pocos metros? ¿Podría eventualmente el arte emular esas vivencias que se hacen carne en la memoria de los millones de niñas y niños que crecimos en dictadura?

Cuando escribí *Matilde* elegí una mirada especial, la mirada de una niña de ocho años. Una mirada a la vez curiosa y distante, implicada y extrañada por el mundo adulto. Una mirada que muestra el sufrimiento de su familia y lo comparte, a veces sin entenderlo. Una mirada empática, que permite a los lectores empatizar. Porque la primera condición para la violencia es la falta de empatía, considerar al otro primero un extraño, luego un enemigo y finalmente deshumanizar hasta convertirlo en una cosa. Pensé en una protagonista que fuera lo suficientemente grande para poder dar cuenta de su mundo. Y lo suficientemente pequeña para no poder tomar decisiones por sí sola. Decidí que su familia fuera pequeña, para poder mostrar más profundamente su soledad de niña y cómo todo se vuelve un caos con la desaparición de su padre. Y me doy cuenta a posteriori de que cada elección tenía un sentido.

Ignacio Scerbo (2014) señala:

Y que el olvido memorable, aquel de la anamnesis griega que impedía a la tragedia representar los males en un juramento ciudadano, está detrás de cualquier puerta familiar o de un expediente oculto sin des-clasificar por el Estado. Porque recordar transmitir siempre es un acto político, ya que involucra al otro que está en/con nosotros, desde la infancia (p.12).

Escribir sobre la historia reciente es un acto político, cuestión que parece una mala palabra en los libros para niños y niñas que siempre —ex profeso— soslayan el posicionamiento político. Sin embargo, siempre han existido escritoras y escritores que no tienen miedo de ubicarse y dar cuenta de una idea que se toma del feminismo hace décadas “todo lo personal es político”.

Matilde entonces es una novela que me posiciona políticamente. Escribo desde otro país, cuestión que creo que objetiva mi mirada sobre Chile y sus procesos. Pero eso es una falacia por donde se la mire, porque la distancia, lejos de objetivar, le pone unos anteojos de nostalgia, de añoranza, de melancolía. Como toda persona migrante, tengo un pie en cada lado, vivo pendiente de la actividad de la literatura infantil chilena. Esperaba que, eventualmente, se comenzara a hablar del tema, que la dictadura estuviera presente en los libros para niños y niñas. Que los y las escritoras de libros para niños y niñas se sintieran llamados a contar a generaciones que apenas saben de lo ocurrido sobre esos años terribles.

Pero escritoras y escritores hacían silencio.

Silencio sobre la dictadura.

Silencio sobre las violaciones a los derechos humanos.

Silencio a las repercusiones que tuvo este hecho sobre miles de infancias.

Silencio en torno a las repercusiones que tiene actualmente en la vida de miles de niños y niñas.

Y lo extraordinario que eso no significaba que no salían escritos sobre el tema. Los libros de Antonio Skármeta (*La Composición* y *No pasa nada*) circulaban; en 2013, *La bicicleta mágica de Sergio Krumm* ganó el Premio Barco a Vapor de Ediciones SM. Y el tema seguía sin hablarse, sin ocupar lugar en congresos y simposios.

Hasta que el 10 de septiembre de 2013, un grupo de editores/as, escritores/as, ilustradores/as, libreros/as y mediadores/as publicó una carta¹ que hacía un llamamiento:

A los profesores, bibliotecarios, editores, escritores, ilustradores, libreros y mediadores; a todos los que conformamos esa pequeña comunidad dedicada a la literatura infantil en Chile:

A medida que avanzan las semanas, los días, las horas, se hace cada vez más palpable, más densa, la presencia entre nosotros de la fecha que se conmemorará. A medida que pasa el tiempo se hace cada vez más evidente que esta presencia es inevitable, que queramos o no este septiembre no hablaremos de otra cosa que no sea el golpe de Estado

¹Carta publicada en el Facebook de LIJ y derechos humanos.

de 1973. Libros, diarios, obras de teatro, programas de televisión, convocatorias a marchar, entrevistas, coloquios, mesas redondas y desentierro de olvidadas fotografías, de olvidados registros fílmicos. Hoy es el último día de agosto y ya no se habla más que de 11 de septiembre.

Unos más, otros menos, con mayor o menor profundidad, con distintos niveles de compromiso, con o sin autocritica, llamándolo golpe o pronunciamiento, nombrando o no la palabra perdón, todos los sectores sociales han dicho, organizado o discutido algo sobre el tema. Y lo han dicho, organizado o discutido porque es algo que no se puede evitar, aunque se quiera, porque este año se volvió imposible invisibilizar el tema.

Este 11 de septiembre se conmemoran 40 años del golpe de Estado de 1973, de ese fatídico martes que partió Chile en dos. No se conmemora un martes cualquiera, se conmemora uno que después de haber instalado años y años de silencio hoy nos obliga a todos a hablar. En ese contexto, y en medio de las múltiples expresiones de reflexión que estamos viendo a diario, nos preguntamos por el lugar, por la voz, que podría (¿debería?) tomar la literatura infantil chilena en este amplio espacio de discusión que por fin se está dando y que probablemente dure poco. ¿Ha dicho la literatura infantil chilena -los que la crean o los que la enseñan, los que la publican o los que la promueven, los que la leen o los que la escuchan- algo sobre la conmemoración de los 40 años del golpe de Estado de 1973? ¿Hemos hecho, dicho, organizado o discutido algo?

Hace poco hubo un congreso importante sobre lectura en Chile. ¿Se hizo algún gesto, se dijeron algunas palabras, se relacionó de alguna forma el tema que se trataba con esta dolorosa conmemoración? Entendemos que no. Seguramente antes de fin de año habrá algún otro congreso importante sobre lectura, escritura o cualquier tema cercano. ¿Se hará algún gesto, se dirán algunas palabras, se relacionará de alguna forma el tema que se esté tratando con esta dolorosa conmemoración? Nos tememos que no.

El objetivo de estas líneas no es acusar a nadie, no es criticar ni juzgar a quienes día a día se esfuerzan por dar a los niños de Chile mejores libros, mejores bibliotecas, mejores formas de acceso a la cultura. El objetivo de estas líneas es llamarnos a todos la atención sobre el silencio que estamos teniendo en este momento, sobre el absurdo lugar en el que nos estamos refugiando para no hablar del golpe.

No se trata necesariamente de escribir libros para niños sobre la dictadura, ni se trata necesariamente de escribir libros que les enseñen a los niños lo que pasó para que no se repita. Se trata de algo mucho más sencillo, cuya posibilidad de futuro es, sin embargo, mucho menos probable... se trata de entender que como sector no somos inmunes al mundo exterior; que tenemos razón cuando decimos que los niños no son tontos, por lo que deberíamos tomarnos más en serio nuestras propias palabras; y que si queremos que se le dé a la literatura infantil el mismo valor que se le da a la literatura con mayúscula, deberíamos dejar de lado los tabúes y comportarnos como literatura con mayúscula.

Los invitamos, con afecto y respeto, a ser parte de esta necesaria discusión.

Se cumplían 40 años del golpe militar y por fin estábamos hablando del tema. Preguntándonos acerca del silencio consciente del mundo adulto que elide a las

infancias de una parte de su historia. Sin embargo, el llamado no tuvo un efecto inmediato en la producción de materiales para las infancias.

Cómo nombrar lo feo, lo terrible, lo siniestro. Buscar un nombre que el sistema hegemónico de producción editorial para chicos se empeña en borrar. Falta las palabras para expresar lo vivido, falta las palabras de la ficción para inscribir las huellas dolorosas del pasado” ... “una de las características de las experiencias traumáticas es la masividad del impacto que provocan, creando un hueco en la capacidad de ‘ser hablado’ o contado. Se provoca un agujero en la capacidad de representación psíquica. Falta las palabras, Faltan los recuerdos. La memoria queda desarticulada Y sólo aparecen huellas dolorosas, patologías y silencios. Lo traumático de la temporalidad de otros procesos psíquicos y la memoria no lo puede tomar, no puede recuperar mi transmitir o comunicar lo vivido.

Después de estas citas sería interesante poner la intención para conocer los modos en que lo traumático a ingresado a la LIJ para así contarnos de la experiencia pasada. O también para preguntarnos sobre la carencia de una política de escritura desde el campo de la literatura y el arte orientado a la infancia” (Scerbo, 2014).

Ignacio Scerbo escribe desde Córdoba, Argentina, un país que si tiene una fuerte producción de libros para niños y niñas sobre la temática. Sin embargo, advierte sobre lo mismo: la necesidad de romper el silencio y de que se hable del pasado. La necesidad de echar luz sobre lo ominoso, de llenar de palabras los huecos en los que se esconden quienes quieren que esto sea parte de nuestra memoria y de nuestro presente.

Pero el olvido no es una estrategia que solo utilizan los chilenos y chilenas que pretenden dejar en el pasado una dictadura cruel y cruenta que destrozó la vida de millones de personas. Es una estrategia de quienes fueron cómplices, de una sociedad que avaló esa forma de violencia. Una sociedad que intenta olvidar que una parte de la responsabilidad es propia. Y esto lo sabemos porque luego del fin de la Segunda Guerra Mundial existió una fuerte corriente negacionista de la Shoá. En un hermoso y terrible texto Primo Levi habla del décimo aniversario de los Lager de esta forma:

Es delicado, hoy, hablar de los Lager. Uno corre el riesgo de ser acusado de victimismo, o de amor gratuito por lo macabro, en la mejor de las hipótesis; en la peor, de mentir simple y llanamente, o quizá de atentar contra el pudor.

¿Puede justificarse este silencio? ¿Debemos tolerarlo nosotros, los supervivientes?

¿Deben tolerarlo aquellos que, fulminados por el espanto y el rechazo, asistieron entre golpes, insultos y gritos inhumanos, a la marcha de los vagones precintados, y, años más tarde, al regreso de los poquísimos supervivientes, quebrantados en cuerpo y espíritu?

¿Es justo que se considere cumplido el deber de prestar testimonio, deber que hasta hace poco se percibía como una necesidad y como una obligación inaplazable?

Sólo puede darse una respuesta. No es lícito olvidar, no es lícito callar. Si nosotros callamos. ¿quién hablará? No por cierto los culpables y sus cómplices. Si faltase nuestro testimonio, en un futuro no lejano las proezas de la bestialidad Nazi, por su propia enormidad, podrían quedar relegadas al mundo de las leyendas. Hablar, por tanto, es preciso.

Y sin embargo prevalece el silencio. Es un silencio que es fruto de una conciencia insegura, o incluso de la mala conciencia; es el silencio de quienes, viéndose incitados o forzados a expresar un juicio, tratan por todos los medios de desviar la discusión... (Levi, 2009).

Es interesante ver como Levi logra poner en palabras cuestiones que bien podrían tratarse de cómo se trata el tema de la dictadura en Chile. Cada 11 de septiembre se puede leer sin pudor alguno mensajes del tipo “Ya está, hay que dejar el pasado atrás”, las interpelaciones a supervivientes y familiares acerca de victimizarse y querer obtener rédito político. Y la obligación de no poder tratar de pensar, reflexionar sobre el tema con niños y niñas con la idea de que es un tema que no es un asunto social sino una serie de hechos aislados.

Y pienso otra vez en la frase del llamado “Refugiarse para no hablar del golpe” y en todo ese mundo adulto refugiado en un silencio que lo salva de tomar posiciones. De autores y autoras que deciden apartarse del tema o escribir una novela que esté ambientada en la época y hacer referencias incidentales disfrazadas de poesía. Una industria editorial que prefiere no entrar en la polémica. Como si las violaciones a los derechos humanos no tuvieran la responsabilidad implícita de su denuncia.

Volviendo a la escritura, a mi escritura, observo que el proyecto me hacía trabajar a un ritmo vertiginoso, en donde los recuerdos propios y ajenos se iban superponiendo. Las anécdotas tenían una lógica que me permitía decir algo acerca de lo que era ser niño en medio del terror y la violencia.

Matilde, entonces, es hija de un llamado y un recuerdo: estoy sentada en la cama de la casa de mi abuela, pido que me hagan trenzas para ir el otro día a la escuela. Amanezco con el pelo enrulado, me voy a la escuela ilusionadísima de tener por fin ese pelo que tanto deseaba. Y nadie, nadie, nadie se dio cuenta:

Su abuela estuvo horas haciéndole trenzas con el pelo húmedo antes de dormir. A la mañana se despertó más temprano y se las desarmó con delicadeza. El pelo al fin, por

un rato, le quedó enrulado. Está feliz, se mira en todos los vidrios que encuentra en el camino.

—Abuela, ¿me puedes hacer una rosita?

La abuela, con cuidado, le pone una cinta en el pelo.

—Estás igualita a la Shirley Temple y tan bonita como tu mamá —le dice la abuela, que está contenta.

Corren apuradas. Matilde le da un beso en la puerta y entra justo antes de que la cierren. Se pone en la fila y empiezan los acordes del himno, todos los niños se paran derechitos con las manos atrás y cantan: “Puro Chile, es tu cielo a su lado...”. Matilde espera, espera ansiosa la reacción de sus compañeros, espera que todos le miren el pelo, pero nada: todos miran para adelante. “Nuestros pechos los llevan grabados...”. Está un poco decepcionada. “...O el asilo contra la opresión” (Martínez, 2016).

La canción nacional, por ejemplo. Un símbolo feroz de la dictadura que obligaba a niños y niñas cada día a cantarla en una ceremonia marcial. Odiaba esa canción, no cantaba la estrofa de los “valientes soldados” que Pinochet obligó a incorporar y cantar diariamente. Era una niña, no tenía otro recurso, entonces usaba mi silencio como un acto de rebeldía. La boca cerrada frente a esa dictadura que trituraba todo.

Como señala Irene Klein:

Mucho antes de saber qué es un relato, damos forma a los hechos cotidianos de nuestra experiencia valiéndonos de la estructura narrativa de los géneros narrativos que conocemos. Aún la narración más espontánea, tal como puede ser el relato de una anécdota o de un recuerdo, se estructura por medio de un esquema narrativo básico (Klein, 2009).

Los recuerdos se suceden. La dictadura es una cicatriz, parte de la carne de niños y niñas que crecimos en medio de las balas, las corridas, los miedos y los silencios.

Y pienso en Primo Levi:

A mi parecer, no debe escribirse de manera oscura, porque un escrito tiene más valor y mayor esperanza de discusión y perennidad cuanto mejor se comprende y cuanto menos se presta a interpretaciones equívocas... No es verdad que el único escribir auténtico sea “el que sale del corazón” ... Lejos de ser universal en el tiempo y en el espacio, la lengua del corazón es caprichosa, adulterada e inestable como la moda, de la que en efecto formo parte... el lector de buena voluntad debe sentirse seguro: si no entiende un texto, la culpa es del autor y no suya. Corresponde al escritor hacerse entender por parte de quién desea comprenderlo: en su oficio, escribir es un servicio público, y el lector voluntarioso no debe sentirse defraudado... me causaría incomodidad o dolor que el lector no comprendiera línea por línea, lo que *le* he escrito... puesto que todos nosotros, los vivos, no estamos solos, no debemos escribir como si lo estuviésemos. Tenemos una responsabilidad, mientras vivamos: debemos responder por cuanto escribimos, palabra por palabra, y hacer que cada palabra dé en el blanco... hablarle al prójimo en una lengua

que no puede entender... es un antiguo artificio represivo... es una forma sutil de imponer el propio rango (2009, p.18).

Un escritor/ una escritora debe decidir entonces éticamente que lugar va a tomar frente a la Historia. “Tenemos una responsabilidad, mientras vivamos: debemos responder por cuanto escribimos, palabra por palabra”. Otra vez el llamado. La necesidad de dar cuenta. Scerbo habla sobre esto:

Una arista importante que plantea el corpus es la distancia discursiva que existe entre el lapso histórico en donde desaparecieron personas en Argentina y el momento de producción y recepción. A su vez y en consecuencia directa, la distancia generacional se hace patente. Hoy son los hijos de los hijos de desaparecidos los que leerían las narraciones propuestas y con esto se abre el espacio de la duda con respecto a la eficacia perlocutiva entendida como la posibilidad de una respuesta anímica al intento de atracción que plantea el enunciado. Angenot nos pone en alerta con respecto a la temporalidad de la lectura. El lector con la distancia del tiempo se emociona con aquello que a la generación que escribe le parece patético. Y la generación que escribe es aquella que lo hace en la adultez de una niñez marcada por el horror. (2014, p.35-36)

Entonces, por un lado, la premura, la necesidad, la urgencia de quien escribe con los hechos ahí mordiéndole los talones y, por otro, quién lee con cuarenta y cinco años en el medio. Con una distancia que le permite comprender lo leído desde otro lugar. ¿Cómo conjugar estas dos necesidades? ¿Cómo escribir de manera consciente sobre un hecho que produce un profundo dolor? ¿Cómo encarar una escritura que al mismo tiempo sea clara, que el niño o niña que lea comprenda sin caer en el victimismo, sin defraudar, sin panfletear? ¿Cómo romper un silencio sin caer en otro lleno de lo no dicho?

Y, por otro lado, ¿debe un escritor/ una escritora hacerse todas estas preguntas? ¿No es la escritura de ficción para niños y niñas una tarea en la que las “intenciones” deben quedar alejadas para no caer en el didactismo?

Creo que, en un principio, esta escritura es un ejercicio de memoria, un ejercicio de poner en palabras nuestros (mis) propios recuerdos, un ejercicio de buscar, bucear en la historia propia. Y, por eso, cada novela, cada escrito hace eco como si la literatura estuviera hecha a medida. Cómo si cada libro te hablara a vos, solo a vos.

Cada momento la sociedad, la polis, como construcción social se narra a sí misma. Es la suya una narración global, cambiante, dinámica y en continua transformación, pero aun así es posible, en cada aquí y ahora, “leerla”, tomar consciencia de ella. Narración o matriz narrativa resultante de toda red de relaciones que recorren permanentemente el tejido social, desde las relaciones familiares o laborales, hasta el tiempo libre, las

conversaciones privadas, la política institucionalizada, el cine o las revistas de modas. Un sistema narrativo global conformado por el flujo de narrativas inscritas en el conjunto social y que transporta modelos de conducta, creencias, actitudes, paradigmas, valores, conocimientos tácitos e implícitos, prescripciones, proposiciones, ficciones, jerarquías, prohibiciones, juicios y prejuicios, miedos y esperanzas, metas individuales y colectivas que se presentan ancladas en lo real, narradas a través de hechos y personajes reales. Una narración global que no sólo trabaja con estos materiales, sino que al incorporar su propio arco temporal, cuya amplitud es un elemento significativo y constituyente de la propia narración global, no se limita a mostrar tal valor o tal creencia o tal expectativa, sino que también nos ofrece “su estado narrativo”: si es un valor en alza o no, si es una creencia firme o puesta en cuestión, si es una esperanza fundada o utópica, si es una expectativa reciente o antigua, latente, actuante u obsoleta. Contiene la sincronía y la diacronía, la fuerza y la dinámica, y podríamos decir que viene a ser el escenario narrativo de la realidad social. No es un discurso, es una narración que “se dice” mostrándose, y al hacerlo se narra. Es espejo en que nos vemos, pero sobre todo es el espejo que nos mira” (Bértolo, 2017).

Voy perdiendo el pudor a medida que escribo este texto, me siento parte de una corriente de escritoras y escritores que conciben una obra como su aporte, su bandera, su palabra en un país que cree que su salvación está en omitir una parte de la Historia.

Una corriente que se narra a sí misma y en ese narrarse va contándole a chicos y chicas que crecen en un Chile que quiere hacerles creer que la historia comenzó ayer, que eso no es cierto. Que es cuestión de escarbar, de ir un poco más allá y van a encontrar la mugre debajo de la alfombra.

A finales de septiembre de 2019 viajé a Santiago de Chile a presentar mi segunda novela y a visitar escuelas. Unas semanas antes un gran número de escuelas secundarias habían comenzado a movilizarse. Lo que en Chile llaman “escuelas emblemáticas”, escuelas estatales que han logrado sobrevivir al modelo privatizador de la educación que impera en mi país.

Cientos de niñas y niños salían a la calle a manifestarse y eran violentamente reprimidos por la policía de Piñera, como antes habían sido reprimidos por la policía de Bachelet y antes la de Piñera y antes la de Lagos y antes la de Aylwin y antes la de Pinochet. Y nadie hablaba del tema. No era parte de la conversación. Niñas y niños se oponían con valentía al mundo adulto que lo ignoraba y silenciaba. Visité muchos colegios charlando con chicas y chicos sobre *Matilde*, la dictadura, las violaciones a los derechos humanos. En cada colegio había un niño o una niña que era la primera vez en su vida que hablaba del tema con

otros. Que era la primera vez que lo hablaba en la escuela, que lo hablaba con un adulto. Una chica se paró y frente a todos sus compañeros contó que su abuelo era militar, que en su casa había una foto de Pinochet y que ella desde ahora no quería tener nada que ver con eso.

Con estos relatos me fui dando cuenta de lo que se estaba jugando en estas visitas. Lo que las maestras y maestros que leían el libro en la escuela se estaban jugando. Lo que los directivos de una escuela privada se estaban jugando cuando me invitaban a la escuela. Se jugaban ser los primeros en tocar el tema con todo lo que eso implica. A ser presionados a mantener el silencio. Un silencio necesario para poder seguir haciendo como que la dictadura no existió.

Volví a Buenos Aires y dos días más tarde Chile despertó. Quienes comenzaron la revuelta en Chile que el mundo adulto no vio venir fueron los niños y niñas que llevaban meses manifestándose. Y como una bocanada de aire fresco cambiaron Chile para siempre.

Antes del 18 de octubre centraba gran parte de mis charlas en cuestiones que ahora, solo cuatro años después de su publicación, niños y niñas chilenos conocen en carne propia. Les contaba acerca del mundo quieto, la gente moviéndose lenta y asustada, la sensación de indefensión. Trataba de narrarles el silencio del toque de queda, la calle vacía, la ciudad en pausa. El silencio, pero no el silencio del campo, ese que hay a la noche que salís y mirás las estrellas y decís “¡Qué linda noche! no se escucha ningún ruido”. Este era otro silencio, un silencio de “acá no se mueve nadie sin que yo lo diga”, un silencio de salís y te mato, un silencio de si escuchás un auto pueden venir por vos.

Y ahora no necesito contárselo. Desde el 18 de octubre el país contabiliza decenas de asesinados, cientos de personas con traumas oculares, dos casos emblemáticos que quedaron ciegos de por vida: Gustavo Gatica y Fabiola Campillay. Decenas de presos y presas políticos. Y meses y meses de toque de queda. El pasado se volvió presente. La violencia estatal reapareció y trató una vez más de doblegar a ese pueblo que cansado decía que no se callaba más. Pero gracias a la valentía de la juventud chilena, la sociedad está pariendo una nueva constitución que le permitirá dentro de los límites del capitalismo comenzar con pie más igualitario.

Lamentablemente, hoy no voy a tener necesidad de explicar tanto, muchos niños y niñas van a entender cuando les hable del silencio. Cuando expliqué la dictadura estaba llena

de ellos. Llena de palabras calladas, de gestos, de miradas de “no digas nada”. Van a entender lo difícil que es ser niño o niña en mundo donde el terrorismo de Estado se hace presente:

No se anima a preguntarle a su mamá. Se la pasa escuchando detrás de las puertas, escuchando cuando vienen de visita la tía Andrea y el padrino. Pero no termina de entender. Y nadie le explica, solo le piden que no diga nada en la escuela. Entonces se inventa una historia. Una historia que les cuenta a todos: a sus amigos, a los profesores, a su maestra (Martínez 18).

—Mati, esas son cosas de grandes. Puedes seguir jugando con ella. Solo trata de no ir a su casa. Y esto que te voy a decir es muy importante —le dice la mamá, seria—: Nunca, nunca, nunca le tienes que decir nada de tu papá. Si preguntan, está de viaje y punto. ¿Sí, hija? Matilde se queda sola en la habitación. Piensa mucho. Piensa en su papá, en las ganas que tiene de verlo, en lo que le escuchó decir a su abuela de los militares, en las cosas tan tristes que oye detrás de las puertas, en su mamá y su abuela llorando y en todas las veces que escuchó la palabra muerte (Martínez, p. 32).

Estos niños y niñas van a crecer y van a narrar este horror como parte de una rueda infinita en la que acumulamos dolores causados por quienes gobiernan y supuestamente deberían cuidarnos. Así como afirma Scerbo, “[...] la generación que escribe es aquella que lo hace en la adultez de una niñez marcada por el horror” (p.36). En mi infancia me acuerdo del hijo de Manuel Guerrero pidiendo a los adultos que busquen a su padre. Me acuerdo del entierro de su padre, Manuel Guerrero, de los claveles sobre el ataúd. Del llanto de los padres de José Manuel Parada...

Matilde va de la mano de su abuela camino a la escuela. Paran un segundo como todos los días en el quiosco de diarios. Algo le llama la atención: en la tapa de uno de ellos está la cara de su padrino. “Terrorista abatido”, dice grande arriba de la fotografía. Le señala el diario a la abuela. La abuela mira sin ver, pero de pronto ve. Se tapa la cara con las manos y se queda petrificada. [...] Vuelven caminando muy rápido para la casa. Matilde casi que corre a la par de la abuela, nunca la había visto caminar así.

Cuando llegan a la casa su mamá está en la cocina escuchando las noticias, llorando bajito. En cuanto la ve, la abraza fuerte y llora un rato largo. Cuando logra calmarse va a cambiarse de ropa.

—Tengo que salir.

Matilde entiende en ese momento, sin que nadie se lo explique, que abatido significa muerto (Martínez, p.90).

¿Cómo será narrado el terrible episodio en el que Gustavo Gatica queda completamente ciego a causa del impacto de las balas de goma que le disparó el teniente coronel Claudio Crespo? Estamos viviendo los temas que van a perseguir a los adultos del futuro.

Los niños y las niñas en dictadura aprendimos rápidamente palabras que no conocíamos. Algunas bastante difíciles: *habeas corpus*, Fiscal *ad hoc*. Aprendimos terrorista, abatido, enfrentamiento. ¿Qué palabras están aprendiendo ahora niños y niñas chilenos? *Formalizado, toque de queda*, y una bella “*nos quitaron tanto, que nos quitaron hasta el miedo*”.

Hay que hablar de esto. Hablar de todo. En las escuelas judías, niños y niñas aprenden desde preescolar sobre la *Shoah*, leen, hablan, reflexionan y la escuela es atravesada por el tema. En Argentina, la memoria es parte del currículo y debe tocarse el tema cada 24 de marzo. ¿Y en Chile?

Y cada año llega septiembre con esa sensación de que es una herida abierta. Otra vez esa sensación horrorosa del dolor físico, de la tristeza infinita, del dolor que no cesa, de la ausencia de miles y miles, de las letanías, de las marchas al cementerio.

Compañeros desaparecidos, Presente.

Una y otra y otra y otra vez.

Y el pacto de silencio entre los asesinos que se llevan la verdad a la tumba con la posibilidad de encontrar a nuestros muertos.

No creo que podamos hablar de memoria. Estamos ante un fenómeno vivo. Aún estamos viviendo sus consecuencias. Sobrevivientes y asesinos caminan por la misma calle, se encuentran en el supermercado. Los hijos e hijas de ambos también. Los menores apropiados aún no saben cuáles son sus raíces. Las militares genocidas aún no están todos presos.

No necesitamos mantener viva la memoria, porque aún no es memoria, no es recuerdo: es presente vivo, palpitando, en disputa, en este instante.

Está ahí esperando que alguien tenga la valentía de decir la verdad y afrontar las consecuencias de sus actos. Está ahí esperando que el mundo adulto decida dejar de eludir la verdad y buscarla, aunque duela. Y contarla a niños y niñas en Chile.

Está ahí en las pequeñas historias que piden a gritos ser narradas a los gritos.

Está ahí en cada sobreviviente que merece que su historia no quede en el olvido.

Narrar el pasado nos permitirá mirar el futuro con esperanza.

Nos ayudará a creer que esta vez será la última.

Referencias bibliográficas

Bibliografía

Bértolo, C. (2017). *La cena de los notables*. Bogotá, Colombia: Babel.

Klein, I. (2009). *La narración*. Buenos Aires, Argentina: Eudeba.

Levi, P. (2009). *Vivir para contar. Escribir tras Auschwitz*. Barcelona, España: Alpha Decay.

Martínez Arroyo, C. (2016). *Matilde*. Buenos Aires, Argentina: Norma.

Scerbo, I. (2014). *Leer al desaparecido en la literatura argentina para la infancia*. Córdoba, Argentina: Comunicarte.

Semprún, J. (2004). *La escritura o la vida*. Buenos Aires, Argentina: Tusquets.